

**El desafío de los países
emergentes:**

**¿Escapar de "las trampas de
bajo crecimiento"**

O

**mantenerse en las "zonas de
confort del subdesarrollo?"**

Autor: Ing. Castor López

Una reflexión en el grupo de trabajo de desarrollo sustentable de la Fundación Rap

INTRODUCCIÓN

Esta reflexión tiene 2 propósitos. El primero, a modo de un ejercicio de aprendizaje personal, es el de intentar ordenar algunas de las muchas ideas expresadas acerca del desarrollo económico, y otras derivadas de los diversos puntos de vista expuestos, desde diferentes sectores productivos de la Argentina, en los numerosos y valiosos seminarios organizados por la Fundación Red de Acción Política (RAP) durante alrededor de los últimos 5 años, con la dirección de Alan Clutterbuck y Paula Montoya, en el marco general denominado "acuerdos básicos para el tricentenario de Argentina", en el grupo de trabajo dedicado al análisis del desarrollo sustentable (GTDS), con las tutorías de José María Fanelli y Nicolás Lucas.

El segundo propósito, derivado inmediatamente del primero, surge una vez identificadas las principales falencias que operarían como los limitantes más relevantes de un mayor desarrollo de nuestro país. ¿Cuáles serían las capacidades prioritarias que Argentina debería fortalecer, si las dispone, o aprenderlas y practicarlas rápidamente si aún no las dispone, para consolidar su actual condición de resultar un país realmente "emergente"? Para iniciar así la tendencia de una sostenida convergencia, mediante el efecto económico llamado de "catch up", hacia el status de un país situado en una "vía de desarrollo", sustentable en el largo plazo.

La idea central del desarrollo sustentable de un país sería la de generar, cuando menos, un subconjunto de las habilidades necesarias de una sociedad organizada, para adquirir la capacidad de producir un eficiente crecimiento económico, sistemático y continuo, compatible con las restricciones que imponen, tanto la gobernabilidad política como una racional condición de equidad social más una lógica preservación del medio ambiente.

Ese crecimiento económico, debe sostener un creciente consumo de corto plazo, que siempre será una medida relevante del llamado "bienestar general" de una sociedad, pero debe estar basado principalmente en las inversiones y en el comercio exterior, para que

continuamente se demande empleo productivo y formal, además de preservar el consumo futuro.

¿DOS MUNDOS CONTEMPORÁNEOS?

Existirían hoy 2 grandes mundos contemporáneos. El primero, compuesto por alrededor de unas 20 naciones, denominadas desarrolladas y el segundo, integrado por el resto de los países, llamados en vías de desarrollo, algunos de ellos emergentes, otros aún como economías de frontera, pero todos todavía subdesarrollados.

En este escenario global, surgirían algunas preguntas: los países que integran cada uno de estos mundos, ¿resultan todos homólogos entre sí? La respuesta podría ser no. Pero, al menos, ¿tienen algunas características comunes? Ahora la respuesta podría ser afirmativa.

A su vez, esas características comunes, ¿podrían ser las determinantes de las "capacidades diferentes" entre los países de ambos mundos?; Además, ¿cuáles de esas capacidades diferentes de los países avanzados serían las prioritarias a incorporar por los países aún subdesarrollados para crecer y "salir" de las referidas trampas de corto plazo o de bajo crecimiento?

Para, por último, plantear ¿cuáles serían – además – las capacidades adicionales necesarias que permitirían, una vez alcanzado estar en el tránsito de un sendero hacia un estadio de desarrollo, sostenerse luego en este en el largo plazo?

Sumariamente, ¿con cuáles capacidades los países subdesarrollados pueden hacer un "up grade" relativamente rápido a desarrollados? ¿Y, después, con cuáles otras sostenerse como tales en el largo plazo? Es muy vasta y relevante la literatura académica acerca del crecimiento económico y de las capacidades necesarias para que una sociedad alcance, en los términos generales usualmente aceptados acerca de la mejor combinación posible de la eficiencia y la equidad, una situación de desarrollo sustentable en el largo plazo.

Como ya se refirió, solo una veintena de países, alrededor de un 10% de las naciones actualmente existentes, lo habrían logrado y recién lo hicieron durante los últimos 2 siglos.

La teoría económica clásica del crecimiento indica a los países emergentes como destinados a converger en el largo plazo con las naciones ya desarrolladas, mediante el referido proceso denominado "catch up", de tasas de crecimiento económico diferentes, mayores en los países emergentes, por los diferenciales de la productividad de las distintas etapas de evolución por las que simultáneamente transitan.

Algunas de las hipótesis del porqué de los países desarrollados y subdesarrollados

Sin embargo, la evidencia empírica observada, al menos hasta fines del pasado siglo XX, sugiere que ello aun no habría sucedido con la velocidad esperada. Juan José Llach, en el ámbito de trabajo de la referida Fundación RAP, señala la existencia de un amplio conjunto de hipótesis que ayudarían a explicar la actual brecha entre ambos mundos de países.

En primer término, surge la hipótesis llamada "neoclásica" que adjudica la brecha o el "gap" a las históricas herencias coloniales de las prácticas comerciales proteccionistas, a las mayoritarias preferencias por lo estatal de las sociedades, a las afectaciones públicas a los derechos a la propiedad privada, a las excesivas regulaciones al capital y al trabajo, etc., entre muchas otras características, que podrían calificarse bajo una hipótesis de "pro equidad", pero de "anti eficiencia" y "anti crecimiento".

En segundo término, existe también la hipótesis denominada en general, como "macroeconómica", que fundamenta el atraso relativo de una sociedad en su insolvencia fiscal crónica, en la elevada inflación, en la continua volatilidad, en el exiguo ahorro interno y, por ende, en una inversión insuficiente y en el escaso comercio exterior, entre otras varias falencias que operan de forma conjunta.

También surge la hipótesis llamada "de la dependencia", que responsabiliza del subdesarrollo de un país a los históricos procesos políticos y económicos de las prolongadas colonizaciones, después a los asimétricos términos de los intercambios de las exportaciones y de las importaciones, a las transferencias de las rentas de los recursos naturales al exterior, etc.

Existe asimismo la hipótesis llamada del "estructuralismo", que fundamenta la causa del subdesarrollo en una economía todavía primaria; sin un suficiente desarrollo

complementario comercial, industrial ni de servicios; en la continua puja distributiva que genera la recurrente escasez; en la ausencia de un empresariado nacional, etc.

Surge incluso también, cada vez con más fundamentos, la hipótesis institucional, muy ligada a la cultural, que centra su análisis en la mutua correlación de la inestabilidad de la gobernanza política con la económica, en la baja calidad y en la complejidad de los procesos políticos de las decisiones públicas, en el desordenado sistema fiscal de una simultánea recaudación unitaria y de un gasto público federal, en la generalizada práctica del populismo, llevada a cabo por los líderes autócratas locales, del estilo de los históricos "caudillos", etc.

ALGUNOS FUNDAMENTOS BÁSICOS DEL DESARROLLO

Sin agotar las numerosas hipótesis probables, y asumiendo el riesgo de simplificar excesivamente a una cuestión en realidad muy compleja, existiría un suficiente consenso general acerca que el crecimiento económico y el desarrollo de una sociedad exige, a modo de sus principales fundamentos: una continua acumulación de un capital humano sano y educado, con un mayoritario comportamiento emprendedor en los negocios, con los conocimientos, las competencias y las habilidades modernas y necesarias para interactuar, libre, eficiente e intensamente, con el permanente progreso tecnológico, en el marco de una continua innovación y del cuidado del medio ambiente.

Resulta obvia la necesidad de la simultánea existencia de una suficiente cuantía de ahorro e inversión propia en capital físico, en términos de las infraestructuras disponibles de viviendas, de provisión de los servicios de salud, de educación, de agua y saneamiento, de energía, de transporte, de comunicaciones, de equipos reproductivos de bienes y servicios, etc.

Todo ello, en un entorno institucional, tanto público como privado, de una también suficiente cuantía y calidad, que brinde lo que se ha dado en llamar genéricamente como el "capital social" de una sociedad, que incluye a la organización política y económica de una nación para resolver eficientemente los conflictos. Esas condiciones coordinadas de capitales humano, físico y social tienen un rol determinante en el progreso y la evolución de las sociedades.

De la aplicación conjunta y simultánea de estas condiciones generales, se deriva necesariamente la caracterización resultante de una economía muy integrada, en términos políticos, productivos, financieros y comerciales, al actual mundo, hoy una "gran aldea global".

Los resultados de ello han sido el crecimiento económico sostenido, con tasas anuales siempre superiores al incremento neto de la población, con el consumo en continuo aumento, pero también siempre con el suficiente ahorro, interno y externo, necesario para dar lugar a la inversión, eficiente y reproductiva que, a su vez, genera el sustento del referido consumo creciente, genéricamente aceptado como un relevante proxy del "bienestar general" en el largo plazo.

Se trata de sociedades sin "stress político", en muchos casos con democracias republicanas y parlamentos consolidados; con alternancias en el poder ejecutivo de gobiernos de distinto signo político, siempre limitados; con una justicia autónoma y una adecuada división de los poderes públicos.

Tampoco tienen "stress macroeconómico", entendido este como la volatilidad de sus variables económicas, los desequilibrios fiscales, comercial y de balance de pagos, el desempleo, la inflación, etc. Son las sociedades que han logrado un suficiente consenso acerca de la continua búsqueda de la eficiencia en la mezcla del trabajo y el capital, pero con las necesarias restricciones que solicita tanto el análisis del largo plazo como una equidad consistente con la productividad alcanzada.

AMBOS MUNDOS ¿SOSTENIBLES E INCONEXOS?

De cualquier manera, las conductas de las sociedades siguen patrones de comportamientos derivados de la pauta cultural histórica predominante; de su preferencia ideológica; de la religión; del carácter o de la idiosincrasia local; etc. Todas ellas tienen siempre un rol preponderante en la aceptación o en el rechazo, total o parcial, de las condiciones pre ideológicas y de los fundamentos del crecimiento económico y del desarrollo.

A partir de estas muy básicas reflexiones preliminares, se podría inferir la hipótesis que los referidos "mundos de países", tanto el avanzado como el emergente, podrían resultar ambos sostenibles, pero sugiriendo la posibilidad de la existencia de algunas inconexiones entre sí, a modo de "barreras", muchas de ellas con la probabilidad de resultar sostenidas por el mundo subdesarrollado.

Existieron, aun cuando son históricamente muy escasos, los casos de los países que, luego de haber alcanzado el status de avanzados, lo hayan perdido, generalmente por circunstancias puntuales que, una vez superadas, permitieron el retorno al desarrollo. Pero, es la dinámica en el sentido inverso: la de la migración de las naciones desde el subdesarrollo al desarrollo, lo que nos ocupa especialmente.

Pues, si bien ocurren casos, década a década, en muchos de ellos en poco tiempo se verifica que sólo se trata de "ascensos fugaces", basados más en las coyunturas muy favorables de las condiciones externas que en el desarrollo de las permanentes fortalezas internas necesarias para sostenerse en la senda del desarrollo.

Cuando cesa el ciclo del contexto global positivo, esos países retornan a sus históricos niveles de ingresos por habitante. Así, resulta escasa la tasa de acceso de las naciones al crecimiento económico sustentable en el largo plazo, lo que explicaría las disímiles cuantías de naciones que integran cada uno de los 2 mundos referidos. Resultan relativamente escasas las naciones avanzadas y numerosos los países subdesarrollados.

Se podría sugerir que el conjunto de las capacidades que darían el status del desarrollo a una nación estaría ya suficientemente caracterizado; siempre con las referidas capacidades a modo de "los ingredientes" necesarios, nunca con sus mix como "las recetas" suficientes, pues los países que crecen y se desarrollan también ofrecen algunas diferencias sustanciales en sus históricas pautas culturales y en sus organizaciones políticas y económicas.

LAS "TRAMPAS" DE CORTO PLAZO O DE BAJO CRECIMIENTO

En estos muy complejos contextos, de fuertes pujas distributivas sin la suficiente calidad de las instituciones que las encaucen y de una continua y alta volatilidad macroeconómica, las

únicas soluciones posibles que, lógicamente, se plantean resultan siempre en una continua atención a la coyuntura.

Se configuran así las situaciones que la academia denomina como los casos de "las trampas de corto plazo o de bajo crecimiento", en las que la Argentina estaría "encerrada" desde hace alrededor de 6 o 7 décadas, según las distintas estimaciones, todas consistentes con la objetiva decadencia observada en el largo plazo.

Ese cada vez más prolongado "encierro", genera una permanente y generalizada ansiedad de "escapar" cuanto antes de la trampa de bajo crecimiento. Pero, cada nuevo intento de salida generalmente resulta fallido debido a la tensión que siempre ocurre entre los planes de estabilización fiscal (con sus efectos positivos necesariamente en el mediano y largo plazo, pero con los costos en el corto plazo) y la gobernabilidad política.

Se genera una recurrente impaciencia y una desconfianza generalizada, impulsada también por los excesos de oportunismo político, que siempre propician los sucesivos procesos electorales. Tornándose así muy precaria e inestable la construcción de una gobernanza política suficiente para lograr los necesarios acuerdos fiscales de largo plazo.

El resultado más frecuente es una fuerte polarización política de la sociedad, siempre con una intensa cobertura ideológica y un escaso pragmatismo, generando la conformación de sucesivos gobiernos continuamente demandados casi exclusivamente por el corto plazo.

Transformándose así, más tarde o más temprano, en los gobiernos denominados, en una mayor o menor medida, como "populistas"; aquellos que optan por las propuestas consistentes con las resoluciones fáciles e inmediatas, tales como los excesos de emisión monetaria o de endeudamiento público, para enfrentar los problemas fiscales que, en realidad, siempre requieren de una solución profunda.

Así operarían las sucesivas trampas, que podrían incubar un proceso de subdesarrollo, que podría resultar sustentable en el largo plazo, sin colapsar puntualmente sino generando una decadencia gradual. Las periódicas y graves crisis referidas: por recesión, hiperinflación, etc, pese a sus muy penosos efectos, no resultarían en "lecciones suficientes", tanto para la dirigencia política y empresarial como para la sociedad en su conjunto, para generar las

mayoritarias y continuas demandas de soluciones estructurales, siempre necesarias en un sistema democrático para sostener la gobernabilidad política que precisan aquellos que pretendan "abrir y salir" de la trampa.

El caso argentino. Se ha centrado el análisis en los procesos de los cambios más adecuados de las construcciones políticas, sociales y económicas de los países subdesarrollados, generalmente rígidas y con importantes inercias. Las evidencias empíricas observadas en los países subdesarrollados han detectado los referidos obstáculos denominados "trampas de corto plazo" o "de bajo crecimiento económico", que José María Fanelli, también en el ámbito trabajo de la Fundación RAP y para el caso de Argentina, resume en 2 grandes causas.

En primer lugar, que el sector público argentino exhibe un histórico comportamiento oportunista sobre los principales factores de las inversiones privadas y que, además, nunca ha logrado una suficiente capacidad institucional para hacer cumplir las nuevas reglas que los cambios necesarios, para migrar desde el subdesarrollo al desarrollo, exigen.

Con estas restrictivas condiciones iniciales, los mercados privados operan con graves imperfecciones y sus resultados se reducen a la generación de posiciones dominantes o de monopolios escasamente regulados, e incluso llegan a desaparecer como mercados capaces de formar precios que guíen adecuadamente a las producciones y a los consumos.

El segundo gran obstáculo que visualiza Fanelli es que el gasto público, especialmente el involucrado en las cuestiones de la redistribución de los ingresos, está excesivamente descentralizado y su agregación final resulta siempre superior a los ingresos fiscales, debido a los complejos e imperfectos procesos políticos que deciden su nivel total.

Agravando la situación, la posterior búsqueda del equilibrio de las cuentas públicas se efectúa generalmente mediante 3 mecanismos, no menos imperfectos: a) ajustando el gasto público menos difícil de reducir, por sus menores conflictos políticos relativos, que siempre resulta la inversión, consumiendo así gradualmente el país su propio stock de infraestructuras; b) a través del impuesto inflacionario que, por su condición de no legislado, es el inicialmente menos resistido y c) mediante el endeudamiento externo cuando se

dispone del acceso al crédito internacional o recurriendo al agotamiento de las reservas del banco central, cuando estas existen.

Estos escenarios recurrentes, a modos de ciclos de relativo corto plazo: de conformación del gasto público y de sus fuentes de financiamiento, serían los que configuran las llamadas "trampas de bajo crecimiento", generando un círculo vicioso entre los desequilibrios macroeconómicos y la baja calidad institucional de sus resoluciones políticas.

Así, el ahorro formal es escaso, la inversión pública y privada resulta siempre relativamente baja, el crecimiento económico no ocurre de una manera sostenida, no se demandan los suficientes empleos; con la inflación, el desempleo y la pobreza surgen los conflictos sociales y las nuevas resoluciones políticas repiten las violaciones de las últimas reglas establecidas, lo que debilita nuevamente al ahorro y a la inversión.

LA DECADENCIA DE ARGENTINA, YA "NATURALIZADA"

El formato de la reflexión pone el foco inicial en la contundente evidencia empírica de la decadencia de largo plazo de nuestro país, en consonancia con la denominada "hipótesis macroeconómica" que se desarrolló en la primera sección de esta reflexión. Actualmente Argentina genera un producto interno bruto (PIB) del orden de los 545.000 millones de dólares anuales, a precios corrientes. Con una población estimada en alrededor de 44 millones de habitantes, el producto per cápita resulta en 12.400 dólares por año. Una cuantía económica mediocre en términos relativos al mundo y a la misma región de Latinoamérica que integra.

El crecimiento económico argentino de los últimos alrededor de 100 años fue escaso. A modo de un análisis comparado, a principios del siglo XX el PIB por habitante de Argentina era alrededor de un +20% superior al promedio de un conjunto de 23 países seleccionados en el mundo como homólogos por entonces, con similares expectativas de progreso económico. Actualmente, nuestro PIB per cápita apenas supera el 50% de la media de esos mismos países, que están en el umbral de los 25.000 dólares por habitante y por año.

Un análisis más cercano en el tiempo, para el período de los años 1950-2015, indica que el PIB por habitante de Argentina solo se duplicó en ese lapso, mientras que simultáneamente

el promedio de los países de Latinoamérica casi se cuadruplicó; evolucionando sus economías, desde otro nivel inicial, pero a un ritmo similar al de los EEUU y solamente algo inferior al que lo hizo la media de las naciones desarrolladas de la Europa occidental. Nuestra economía crece, pero lo hace a una tasa media anual del orden de la mitad de la cuantía del promedio de los países de nuestra región y del mundo desarrollado.

Esta divergencia con el crecimiento económico mundial y regional, el atraso relativo ya acumulado de nuestro país, encontraría su principal fundamento en la elevada volatilidad de las variaciones anuales del PIB de Argentina. Desde 1910 se sucedieron 10 crisis graves, con caídas anuales del PIB superiores al -5%. Una ocurrencia promedio de 1 crisis grave cada poco más de 10 años.

A su vez, esos sucesivos y volátiles ciclos de crecimientos, recesiones, caídas y recuperaciones del PIB provocaron que, desde mediados del siglo XX hasta nuestros días, al menos 1 de cada 3 años nuestro país haya transcurrido en la situación de recesión económica, sin crecimiento del PIB.

La acumulación en el largo plazo de estas sucesivas y similares crisis, hicieron que la decadencia argentina se haya naturalizado. Y con ello, que los principales efectos negativos de las crisis, se transformen inmediatamente en sus renovadas y propias causas internas, en el clásico círculo vicioso que siempre se auto genera en la dinámica de las decadencias.

Identificamos, cuanto menos, 6 causas ínter relacionadas de la decadencia argentina, y verificamos que todas ellas afectan negativamente, y de una manera simultánea, a todos los factores de la producción nacional y a sus inter relaciones:

1) Una baja calidad de la gobernanza política. El primer efecto negativo es la gradual disminución de la calidad de la llamada "gobernanza democrática", esto es de la capacidad institucional de una república para alcanzar los acuerdos básicos mínimos y necesarios en una sociedad, que posibilita generar y sostener un proceso de desarrollo económico de largo plazo.

2) Una alta desconfianza interna y externa. Las periódicas crisis, ya naturalizadas; las recurrentes expectativas negativas, que descuentan la elevada probabilidad de la

ocurrencia de las próximas crisis y la referida pérdida gradual de la calidad de la gobernanza política, genera profundas y crecientes desconfianzas, tanto entre los diversos factores y sectores productivos (el campo versus la industria es un histórico conflicto argentino) como entre estos y el estado.

Además, estas desconfianzas internas se agravan por el frecuente contexto de las recesiones, de las caídas de la actividad económica o de un escaso crecimiento, que fortalece una errónea percepción que lo que pudiese ganar algún sector, necesariamente lo pierde otro.

Los riesgos de las expropiaciones por parte del estado, de los activos de las empresas y de los ahorros de las familias, ante los frecuentes contextos de crisis fiscales y los inmediatos intentos fallidos de consensos políticos, especialmente de los recurrentes programas de estabilización de las cuentas públicas, mantiene siempre relativamente alto el indicador llamado "riesgo país", que incrementa la tasa de interés del capital y posterga las decisiones de inversión, tanto externa como interna, en especial de la llamada "hundida", que es aquella que, una vez efectuada, no puede ser retirada ni tiene usos productivos alternativos.

3) Una muy debilitada responsabilidad fiscal. Otra característica concurrente de la decadencia de nuestro país es la ausencia de un suficiente grado de responsabilidad fiscal del estado, que provocó que una continuamente creciente porción del gasto público, también creciente (el tamaño promedio del estado, desde los años 80, era del 30% del PIB y en los últimos 15 años creció al 45% del PIB), resulte improductivo, tanto en términos sociales y económicos, como desequilibrado, sin sus correlativos ingresos fiscales genuinos. Este desequilibrio persistente determina la desmesura de los déficits fiscales crónicos y crecientes.

Déficit que, a su vez, se constituye en el origen estructural del desequilibrio macroeconómico de Argentina. Las referidas graves crisis resultan de 2 grandes tipos: ya sea debido a una alta y creciente inflación doméstica, si la principal "solución" del desequilibrio fiscal fue la continua y excesiva emisión monetaria, sin la correspondiente demanda interna de pesos; o por la intempestiva cesación de los pagos a los acreedores internos y externos, si la herramienta de equilibrio fiscal adoptada fue la del continuo endeudamiento público.

4) Un insuficiente ahorro formal y, por ende, una escasa inversión interna. Esta causa, y probablemente también consecuencia, de la decadencia argentina, es la de una también crónica ausencia de un suficiente ahorro en el sistema financiero formal argentino y, por lo tanto, de una insuficiente inversión privada local.

El stock de ahorro argentino existe y está estimado en alrededor de un 50% del PIB, pero el formalmente disponible solo alcanza a un 15% del PIB, cuando los países de la misma región registran mercados de capitales que van desde el 40% a más del 100% de sus PIB, como en Brasil y Chile respectivamente.

Consistentemente con ello, durante los últimos 30 años la inversión total promedio de Argentina resulta también del orden del 15% del PIB, apenas superior a la que sólo alcanza para mantener operativo al stock del capital productivo ya instalado. Aquí también registramos otro escalón más de caída: en el periodo de los años 1960-1985 la inversión promedio en Argentina era del 25% del PIB. Actualmente, solo un tercio de la inversión es pública y el resto es privada. Verificándose así que el referido crecimiento del estado se registró más sobre el consumo, donde alcanza a sus 2 tercios, que sobre la inversión.

Se estima que es necesaria una inversión anual de, al menos, unos +5 puntos porcentuales más del PIB, especialmente en la infraestructura de la energía y del transporte, para posibilitar un crecimiento económico sustentable en el largo plazo, del orden del +4% del PIB por año; necesario a su vez, para demandar un +1% de empleo, que es lo que crece la oferta de trabajo anualmente. Sin un mercado suficiente de capitales propios para el financiamiento productivo, surge la permanente dependencia del ahorro y de la inversión externa, como otro fuerte condicionamiento del crecimiento económico argentino.

5) Una muy baja inserción en el comercio exterior. Es recurrente la falta de una mayor inserción de la producción argentina en el comercio exterior. Hasta mediados del siglo XX las exportaciones de nuestro país explicaban el 2,5% de las exportaciones mundiales, desde entonces, han disminuido al 0,5%.

El bajo nivel de apertura de la economía argentina (las exportaciones más las importaciones de bienes y servicios de Argentina alcanzan sólo al 25% de nuestro PIB y disponemos de

acuerdos comerciales preferenciales sólo con el 10% del PIB mundial) deriva en una baja productividad general y, de ella se desprenden los problemas de la escasa competitividad relativa de nuestro país.

En varios países de Latinoamérica su comercio exterior agregado ya alcanza al 50% de sus PIB y tienen preferencias comerciales con más del 70% del PIB mundial. Pero, en el caso de Argentina, no se trata sólo del problema de la reducida cuantía económica de nuestro comercio exterior, sino también de su muy baja complejidad, en términos tecnológicos, debido a su también baja participación en las cadenas globales de valor económico.

6) Un capital humano descuidado, las históricas y graves fallas de organización en los críticos sistemas de salud y de educación pública del capital humano, han derivado en otros desequilibrios muy importantes como el desempleo, la pobreza y la desigualdad.

SIMULTÁNEAMENTE ¿TRAMPAS DE BAJO CRECIMIENTO Y "ZONAS DE CONFORT" DEL SUBDESARROLLO?

Como ya se refirió, estarían suficientemente caracterizadas las principales capacidades que permiten a una sociedad sostener un desarrollo previamente alcanzado. Pero, ¿cuantas y cuáles de esas condiciones también tienen la capacidad de contribuir con el referido previo "up grade" de la economía? El pasar de país emergente a desarrollado, mediante lo que podríamos denominar una especie de "start up" del crecimiento económico

A modo de un ejemplo, el equilibrio fiscal es una condición necesaria para el desarrollo, pero claramente no resulta suficiente para alcanzarlo. Y, en el otro extremo: el status de subdesarrollo ¿se dirige necesariamente a un colapso, a la situación de un país fallido? O, ¿estas "trampas de bajo crecimiento", además de resultar serios obstáculos al desarrollo, también podrían operar simultáneamente, para algunos países subdesarrollados, como unas aparentes "zonas de confort"? Obviamente que la calidad de vida declina gradualmente, con el crecimiento económico reducido, pero lo hace generación tras generación, resistiendo a los cambios tecnológicos, que siempre son contexto político dependientes y resultan postergados.

Los conocimientos de esas sociedades no se adecuan a los cambios porque estos directamente allí no ocurren, las instituciones tampoco se re formulan, no parecen necesarias porque sus economías se cierran y se aíslan de la siempre riesgosa evolución.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La historia señala, como antecedentes de estas rígidas inercias presentadas, que antes de los primeros "despegues económicos" de los países actualmente avanzados, estos también habían transcurrido por muy prolongados períodos estacionarios, que hoy serían claramente referidos como estadios de subdesarrollo.

Incluso esos extensos períodos ocurrieron aun cuando en muchos de esos países ya se habían generado algunas de las condiciones que luego serían reconocidas como las favorables para el desarrollo: con gobiernos que, si bien eran aún feudales, pero disponían de reglas muy estables en el largo plazo, lo que otorgaba certidumbre a la producción y al comercio.

Los gobiernos atravesaban, inevitablemente, una gradual disminución de la discrecionalidad de su poder político, que inicialmente estaba solo basado en la arbitraria coerción por el temor. Pero se mantenía aún la vigencia de un muy antiguo "pacto social": el de trocar los tributos al gobierno por la certidumbre de la defensa exterior y de la seguridad pública interior, entre otros arreglos institucionales, tanto explícitos como implícitos.

En general, las reglas del poder político de entonces, aun cuando se reiteran, eran de una muy opinable calidad, tenían las virtudes de resultar relativamente claras de interpretar y de la certeza de disponer de su validez en el largo plazo. Asimismo, el poder político derivado de las religiones también contribuía con aquel sistema estable, que podríamos hoy denominar como de una "regulación social".

Inclusive, aquellos países, más adelante avanzados, aún como emergentes ya habían comenzado a acumular una dotación de capital productivo, en materia de infraestructura de transporte y energía, y de talentos humanos; el trueque había quedado atrás y la economía ya era monetaria, entre otras varias instituciones de la época.

No habría necesariamente un crucial dilema para los países hoy considerados como emergentes de "crecimiento económico y desarrollo o de país fallido". El subdesarrollo también podría resultar sustentable, basándose principalmente en los periódicos ciclos de precios favorables de los recursos naturales, pese a ser un factor que gradualmente pierde vigencia, pero en el otro mundo: en el de los países modernos.

BIBLIOGRAFÍA

- Rostov, W. (1967), "Las etapas del crecimiento económico", Madrid, editorial Alianza.
- Grondona, Mariano (1999), "Las condiciones culturales del desarrollo económico", Buenos Aires, editorial Ariel-Planeta.
- Tommasi, Mariano y Spiller, Pablo, directores (2000), "Las fuentes institucionales del desarrollo argentino", Buenos Aires, editorial Eudeba-pnud.
- Helpman, Elhanan (2004), "El misterio del crecimiento económico", Barcelona, editorial Antoni Bosch.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas (2006), "El ciclo de la ilusión y el desencanto", Buenos Aires, editorial Ariel-Planeta.
- Llach, Juan José (2010), "En busca de los acuerdos perdidos", Buenos Aires, editorial Temas-IAE.
- Sevares, Julio (2010), "Porqué crecieron los países que crecieron", Buenos Aires, editorial Edhasa.
- Llach, Juan José y Lagos, Martín (2011), "Claves del retraso y del progreso de la Argentina", Buenos Aires, editorial Temas.
- Fanelli, José María (2012), "La Argentina y el desarrollo económico en el siglo XXI, ¿cómo pensarlo?, ¿qué tenemos?, ¿qué necesitamos?", editorial Siglo XXI.
- Acemoglu, Daron y Robinson, James (2013), "¿Porque fracasan los países?", Buenos Aires, editorial Ariel.
- Llach, Juan José y Lagos, Martín (2016), "El país de las desmesuras", Buenos Aires, editorial El Ateneo.